

Àngel Font

**CHANTAJE A
LA MONCLOA**

LOS LÍMITES DEL HONOR



PUBLI CORINTI

1

Es como lavar con agua sucia. Esa era la reseña publicada en la sección de sucesos del periódico que le acababa de resbalar de las manos. El contenido de la columna, que la fatídica hora de la siesta le impidió leer, sintetizaba un suceso que pudo dejarle helado de no ser por la modorra que siempre arrastraba en aquellas horas del día. La crisis y sus derivados estaban arruinando su empresa, sus noches, sus días y su matrimonio, y eso fatiga. Después de la comida debía descansar para poder rendir al máximo durante la tarde.

Notó como las sombras nublaban su mente y se dejó llevar, sin oponer resistencia, hacia los minutos de sosiego que aquellas siestas le solían deparar. Lo poco que concibió de entre aquel entramado de letras que le acabaron emborronando la visión y se perdieron en su confusa mente no fue bastante para evitar las cabezadas que daría contra el respaldo del sillón del jardín hasta acabar dormido de manera profunda.

¿Quedó algo en su inconsciente que más tarde pudiera recordar cuando recobrarla la conciencia?

Aunque jamás volvió a leer aquella página, algo quedó; de lo contrario, los hechos que marcaron su vida desde aquella siesta jamás habrían ocurrido.

El poder de la mente es increíble: retienes algo por un instante, lo olvidas definitivamente y un buen día sale, te motiva y nunca llegas a saber el porqué de aquella actitud o de dónde habrá salido

Àngel Font

aquella idea. Cuántas veces en la vida uno se pregunta: «¿Y yo por qué habré hecho esto?» o «¿De dónde habré sacado yo algo así?».

Aquel sesteante –la siesta: vicio o suerte nacional– nunca recordaría que leyó unas líneas de algo que decía más o menos: «Lavar con agua sucia». Un trueque asesino. Lavar con agua sucia, eso es lo que pretendían, para limpiar su honor, un matrimonio de Mérida y otro de Figueres. Al parecer pertrecharon un auténtico trueque humano que tuvo como resultado la desaparición de dos personas.

Las dos parejas coincidieron hace un tiempo en un lujoso hotel de Maspalomas. Pasaron juntos quince días, intimaron y compartieron confidencias familiares. Los dos tenían un espinoso problema de honor que destrozaba sus vidas, así que acordaron que, dada la distancia geográfica que les separaba, cada uno solucionaría, de forma expeditiva, el problema del otro. El resultado fueron dos desapariciones. La víctima de Figueres era un maestro de secundaria, por haber seducido a una menor. En cuanto a Mérida, la víctima sería una joven que al parecer devastó la vida de su marido y de su hija.

Jamás se habría sospechado sobre un trueque humano, de no ser porque el azar quiso que otra pareja que pasaba también las vacaciones en el mismo hotel los observó, e incluso simpatizó amigablemente con ellos. Curiosamente, el marido era el jefe superior de la comisaría de Badajoz. La desaparición del maestro de secundaria se relacionó con algunas denuncias interpuestas por algunos padres. Al parecer el maestro tenía fama de perseguir a las adolescentes. El jefe superior vio por casualidad las fotos de unas caras conocidas en la mesa de uno de sus comisarios. Hacía un año estuvieron en el mismo hotel y aún las recordaba. Aguzó el ingenio y acabó relacionando los dos matrimonios. Aunque los desaparecidos seguían sin ser hallados, el caso estaba resuelto, pendiente solo de que las dos parejas acabaran confesando todo lo sucedido. El periódico acababa diciendo que seguirían informando.

La noticia no era noticia, era solo información. España vive estresada, parecemos un país desesperado. Se descubre un trueque de vidas humanas y no lo emiten ni en televisión; la duquesa de Alba se echa novio y sale cada día en el *Telediario*.

Lo que descubrió el jefe superior de la comisaría de Badajoz era algo realmente demoledor. Uno se pregunta hasta dónde puede llegar la perversión humana. Hay que ver las cosas en su contexto real.

Chantaje a La Moncloa

Vivimos unos años duros, la crisis y sus efectos dañinos nos están enrareciendo. El dinero no circula, falta liquidez. Una situación como la de Figueres y Mérida, de no ser por la crisis, se habría podido resolver pagándole una buena suma a un sicario rumano: «Tú pagar y yo quito vida y desaparecer muerto».

La falta de dinero desarrolla la imaginación. Sin dinero te haces más creativo, te afloran las ideas como por arte de magia. Con la cartera vacía y las «visas» intervenidas estás forzado a ser un Einstein.

El tema no es que falte dinero, no; dinero hay el de siempre, solo que lo siguen teniendo los de siempre y, cuando va escaso, no lo sueltan. Cuando todo el mundo está sin blanca, *ellos* no sueltan prenda, y es entonces cuando los mortales de verdad se las apañan para sobrevivir sin calderilla ni papel de cambio. Viven o aprenden a vivir intercambiando cosas. Están recuperando, sin saberlo, la cultura o época del trueque: «Te dejo mi casa para ir de vacaciones y yo voy de vacaciones a la tuya.» «Me dejas probar tu coche y yo te dejo el mío; así satisfago la necesidad que he desarrollado de estrenar coche cada dos por tres.» «No tenemos pasta para divorciarnos. ¿Qué te parece si, de vez en cuando, hacemos intercambio de parejas? Es más barato que divorciarse y tampoco está mal.» «Oye, mira, si tú te cargas a este hijo de su madre, yo me cargo a tu hijo de su madre y, si nos lo montamos bien, aquí no se entera nadie y nos sale gratis a los dos. Solo es cuestión de echarle huevos y nos ahorramos un sicario de Colombia o de Rumanía.»

No es broma, la crisis va a cambiar muchos hábitos. Y sin peligro de que perdamos nuestros valores de toda la vida. Garantizado. ¡Muchos llevan toda su vida sin tenerlos! No se puede perder lo que no se tiene. Como el matrimonio de Figueres, que quería lavar con su agua sucia la suciedad de sus amigos estivales de Mérida. ¡Lavar con agua sucia...! Solo se puede lavar con agua y manos limpias.

Nuestro lector dormido en el sillón del jardín de su casa, un hombre de nuestro tiempo, entrampado entre el marasmo caótico empresarial que se vive desde el 2008, va a despertar, se va a dar cuenta de la locura que vive el país y la va a armar... o no, vete tú a saber; podría ser que se pusiera en la fila de los cordeiros, que se conformara solo con ir despotricando contra el Gobierno de Zapatero, como hacen todos los españoles de bien, de mal y de regular.

Àngel Font

El trueque: tú me das el burro y yo te doy el carro. Pero resulta que sin el burro, ¿para qué quiero yo el carro? Y sin el carro, ¿de qué me sirve el burro? Ilustrativo; eso quiere decir que hay, o puede haber, trueques beneficiosos y trueques engañosos o inútiles. Si vamos a recuperar la cultura del trueque, por falta de circulante debería reglamentarse, regularse, establecer leyes, pagar impuestos... ¡No! ¡Chis! No le demos ideas al legislador. El trueque tiene que ser silencioso, discreto, camuflado. Y, sobre todo, tiene que satisfacer y proporcionar beneficios a las dos partes. Como así ocurrió entre Mérida y Figueres. Estos fueron los hechos:

Sonia, de trece años, estaba pirada por su profe, un cachas de treinta y nueve. Divorciado pero con una novia de dieciocho que, según sus amigas, ligaba con él desde los catorce. Sonia ardía en deseos de tener sus primeras experiencias con aquel musculitos. El cachas, abierto a todas las posibilidades que dan el sexo y el amor a corto plazo, sabedor y observador de los ardores de la niña con pretensiones adultas, ni corto ni perezoso —de eso nada— supo cómo enrollarla a través de aquella novia ascendida de novata de catorce a amante de dieciocho.

—Será una experiencia única. Después la tiramos a la basura, te lo prometo. Tú serás siempre la única, pero a esa niña la llevamos al piso, lo pasamos bien los tres y que nos quiten lo bailado.

—Tendremos que hacerle aspirar un poco de polvo...

—Claro, si no, ¿cómo vamos a meterla en la cama?

—No será fácil.

—Será facilísimo, esa hará todo lo que le pida.

—¿Le vas a prometer también que siempre será la única?

—No, esa solo eres tú.

—¡Embustero!

Pero no hay nada que no se pueda conseguir cuando las drogas campan a sus anchas por algunas escuelas. La novia cedió ahora como había cedido cuatro años atrás, cuando con solo catorce él se la empezó a trajinar. ¡Un maldito velador o promotor de los valores que hoy nos son tan necesarios! Sonia era una *experta* virgen de catorce años. Esta contradicción no lo es si uno piensa en lo fácil que lo tienen nuestros niños y niñas para acceder a cualquiera de las páginas pornográficas de Internet, llenas de escabroso y deprimente sexo explícito.

Chantaje a La Moncloa

Sonia creyó tener edad para experimentar, creyó tener al hombre de sus sueños, creyó que podía hacerlo, que era únicamente su derecho, que no tenía por qué enterarse nadie, que esto la haría mayor, más mujer y... feliz. ¡Pobre Sonia!

La drogaron, la humillaron, la desvirgaron, la dejaron embarazada (bueno, esto lo hizo él) y, después, la tiraron, como él había prometido, a la basura. Eso es, la olvidaron, dejaron de saludarle, pasaron de ella, la trataron como a una mierda.

Y Sonia buscó refugio donde le tocaba buscarlo. Fue a ver a su padre en la oficina, una agencia de viajes, una de las muchísimas que hay en Figueres. Entró, fue directa a su despacho. No llamó a la puerta, como el padre siempre le había enseñado.

José María era un caballero que vivía fuera de época, parecía salido de un cuadro del tiempo de los zares. Calvo, con melenas, abundante barba y un bigote mongol que intentaba llegar hasta la punta de la barbilla. José María adoraba a su hija. Habría jurado por su honor que su doncella adolescente era la virgen más pura que se podía hallar en toda la comarca de l'Empordà. Y no se habría equivocado si hubiera vivido en la época que seguramente le habría correspondido vivir; pero en el 2010, en la era de la alta tecnología informática, de la comunicación con fibra óptica, de la globalización del conocimiento, con unos avances de la ciencia que ya no asombran a nadie, ¿a quién carajo le importaba la virginidad de una niña o el abuso de un *maestro* con buen tipo y de buen ver a ojos de sus alumnas? Estas adolescentes viven en el limbo de la imagen y el culto al cuerpo que los mayores les venden, que la sociedad predica a todo trapo, como si la salvación del mundo dependiera únicamente de la esbeltez.

José María era de otra galaxia, pero vivía en la nuestra, y más concretamente en el planeta de la llamada crisis planetaria, y Figueres ocupaba ahí su espacio. Y el desubicado padre de Sonia tenía su nido y su corazón afincados en este punto. Soportaba también a sus deudores y acreedores, a sus clientes y a su competencia, a sus bancos, que no soltaban un puñetero crédito, y a su familia, que comía todos los días. Ahí guardaba, sobre todo, a su única hija, su amor de trece años con sus ojos azules, sus pequitas al lado de la nariz, achatada y diminuta, sus labios como pétalos de rosa y carnosos como dulce de membrillo, digna hija de un hombre escapado de otro tiempo. Podría salir retratada al lado de su padre y los dos encajarían en un perfecto cuadro de época.

Àngel Font

Sonia se acurrucó frente a las rodillas de su padre.

—Papi, hace días que quiero hablar contigo, papi. Tengo que decirte algo muy malo que he hecho, papi, no me riñas... papi... por favor...

Y lloró, no pudo hablar, solo lloró y lloró agarrada a las rodillas de su padre, vertió lágrimas espinosas y dolientes. Más que llorar parecía vomitar lágrimas ardientes que, al deslizarse por sus mejillas, la socarraban como si quisieran arrancarle la piel.

¿Cómo hay que definir el dolor cuando este sobrepasa todas las medidas imaginables que cualquier humano haya podido describir en parecidas situaciones?

Cuando José María intuyó, más que entendió, lo que su niña le balbuceaba, la cogió con ambas palmas de las manos por las mejillas en un vano intento de protegerle del dolor que su carita derramaba, levantó su cabeza y le susurró, como si le soplara suavemente para apagar el fuego de su rostro:

—Sonia, abre los ojos y mírame. No sigas, cállate, no digas nada más...

—Sí, papi, sí, tengo que decirte... me dejaron embarazada.

—¡Señor, Jesús!

—¡Ayúdame...!

—¡Hija...!

—¡Papá...! ¡Papi...! ¡Papi...!

—Mírame. ¡Mírame! Ese hombre ya está muerto, dentro de poco morirá. Tú tendrás un hijo que vivirá, pero él morirá.

José María no podía ni siquiera pensar en el aborto, en ningún caso, ni por la ley humana, ni por temor a la divina. Él jamás mataría a un ser humano. Pero aquella cucaracha... Eso era otra cosa, a la cucaracha la iba a aplastar. Sonia tendría un hijo, él y su mujer lo cuidarían y ella seguiría sus estudios, no tendría que preocuparse de nada. Todo se podía resolver, menos el hecho de que su hija había sido mancillada. Esa violación, consumada bajo los efectos de las drogas y con abuso de autoridad, solo podía lavarse con sangre.

Por muy razonable y hombre de bien que hubiera sido siempre, José María tenía límites que era incapaz de sobrepasar, y este era uno de ellos. Sabía que no podría compensarlo ninguna ley, ni la misma pena de muerte de haber estado en vigor. Solo él dictaría sentencia. Ya la había dictado. Solo él impondría la condena.

Chantaje a La Moncloa

Pero las arcas de la agencia de viaje estaban magras. No tenía activo ni crédito bancario suficiente para pagar a un buen sicario. Los daños colaterales de la crisis alcanzaban a todos los no pudientes en todo tipo de situaciones. No había ni para un crucero, ni para tantas vacaciones hoteleras como antes; solo entraban divisas gracias al turismo ruso. José María vivió angustiado hasta que halló la solución compartiendo su desdicha con los vecinos de habitación del hotel de Maspalomas, allá en la maravillosa isla de Gran Canaria.

El trueque sería la solución, una idea genial para luchar contra la crisis, aunque fuera para pagar un crimen por falta de liquidez.

En Mérida llegaba el sol mucho más tarde que en Figueres, pero también lo disfrutaban más hasta que desaparecía camino del Atlántico a través de Portugal. Aunque la crisis llegó al mismo tiempo al nordeste de España que al suroeste: la falta de ética profesional, de valores y de buen comportamiento estaba instalada con los mismos efectos demoledores, desde hacía años, por un igual en Girona que en Badajoz.

El matrimonio, amistad estival de los padres de Sonia, tenía también un hijo único. Como solía decir don Emilio Tejas a su vástago, la industria del preservativo lo había convertido en único heredero de su fortuna. Lo de «fortuna» lo pronunciaba de tal manera que parecía decirlo con la efe en mayúscula y las seis letras restantes en minúscula. Un hecho absolutamente insólito. No era para tomárselo a risa: cuando decía «fortuna», todo el mundo entendía «Fortuna» y así, de paso, se entendía que para él era una fortuna trabajar para Fortuna, la marca de cigarrillos rubios españoles. Aunque podía obtener el mismo resultado con todas las palabras que se propusiera. Don Emilio cultivaba la planta del tabaco, una vieja tradición en su tierra. Pero volviendo a lo de entender una palabra con el primer carácter en mayúscula, es tan cierto como el lenguaje de los sordomudos: los que no lo entienden no lo pueden concebir de ninguna manera, por tanto negarían su existencia si no fuera porque los resultados son tan evidentes. O como los habitantes de la isla de La Gomera, que se hablan silbando desde tiempos inmemoriales. Pues eso; cuando hablaba don Emilio, la gente entendía en mayúscula las palabras

Àngel Font

que él daba a entender en mayúscula. ¿Que cómo lo hacía? Eso no lo sabía ni él.

De macho a macho, de Figueres a Badajoz, el macho hispano es el mismo. Si en Figueres, el precursor del trueque de venganzas parecía arrancado de un cuadro de época y solo él podía lavar el honor de su familia, en Mérida el personaje no se quedaba corto. Don Emilio era calvo total, con pobladas cejas negras, un tipo de película de mediados del siglo pasado. En la mili –ya era calvo entonces– le llamaban Kojak, como el famoso personaje de la serie televisiva del mismo nombre.

En Mérida sería también el hombre de la familia el que tomaría todas las decisiones. Lo sucedido allí era igualmente escabroso. Su hijo, casado con una bellísima aldeana de Elvas, no hubiera podido soportar la burlesca comedia de cuernos en que se vio envuelto. Ni su amor declarado y manifestado a todas horas, ni su hija de cinco años refrenaron a la joven. El varón se pasaba el día en las instalaciones del secadero de hojas y en los campos de cultivo trabajando codo a codo con su padre y sus empleados, pero la moza, una vez acabadas las tareas del hogar, y como su hija estaba todo el día en el colegio, salía a cultivar sus pasiones para cosechar placeres que el cuerpo le pedía a gritos y ella no sabía negarle.

Nada que ver con Carmen, la cigarrera de Bizet. La portuguesa era una zorra de verdad. Cuando la familia escuchó los primeros rumores, ya se había trabajado a cuantos buscones andan detrás de fieras en celo para satisfacer su mal –o nada– reprimido instinto sexual.

Todo empezó cuando fue a uno de los fotógrafos para que le hiciera una sesión de retratos de estudio. La nuera de los Tejas era, desde hacía tiempo, un bocado apetecido por media ciudad; un decir, porque Mérida tiene 67.000 habitantes. Entre ellos, el fotógrafo que complació su narcisismo con artísticos retratos y abrió la brecha por la que se colarían después un montón de hombres insatisfechos.

–El otro día me encantó cómo trabajabas.

–Por favor, solo te hice unas fotos para el DNI...

Chantaje a La Moncloa

–Ya, ya, pero pensé... Me podrías hacer unas fotos de estudio para regalarle a mi marido. Ya sabes, un poco picantes... Enseñando el hombro y esas cosas.

–Pues, claro...

–¿Cuándo quieres que venga? Dame hora.

–Ahora... Tengo libre hasta la hora de comer.

–¿No prefieres después?

–Me va bien a todas horas.

Más claro, el agua: «Enseñando el hombro y esas cosas» pensó el fotógrafo, mientras ella le decía:

–A mí, también, aunque después de comer siempre dispongo de tiempo, pero tú no abres hasta las cinco...

–Si prefieres después de comer... Vengo y abro solo para ti...

Suspiros, miradas elocuentes, intención explícita, tanto como si los dos llevaran escrito en la frente todos los argumentos necesarios para conseguir un único fin, el revolcón del mediodía con una persona desconocida. Como aquellas placas transparentes de metacrilato que tienen al lado de los objetivos los locutores poco memoriones. Parece que miran a la pantalla pero en realidad están leyendo el texto. Lo leen todo de cabo a rabo; no tienen retentiva, pero saben interpretar bien un guión escrito, todo un arte.

–Podíamos realizar una sesión ahora, para perder el miedo a los focos, ¿sabes? Después vienes por la tarde con otro peinado y otra ropa y ya trabajamos más distendidos. Nos tomamos el tiempo que sea necesario hasta la hora de abrir a eso de las cinco. ¿Qué te parece?

–Genial, bien.

–Pues un momento, llamo a mi mujer para que atienda a los clientes que entren mientras tú y yo estamos en el estudio.

–¿Tiene que venir ella?

–Sí, claro, cuando hago estudios la llamo. Vivimos al lado, es un momento.

La acompañó al tocador para que se empolvara un poco y llamó a su mujer.

–Me ha venido una clienta para un par de sesiones de estudio, anda, ven, te necesito.

Si ella no le echaba una mano no habría manera de ponerle los cuernos. ¡Irónico! Pero real. También suele pasar al revés, como aquella esposa madura que decía ir a la revisión ginecológica y exploración mamaria en prevención del cruel cáncer. Llegaba a casa más

Àngel Font

tarde de la cuenta y lo primero que hacía era echarle una gran bronca a su marido.

—¿Cómo te ha ido? ¿Cómo es que has tardado tanto? —preguntaba él temiendo lo peor, que no era precisamente ninguna mala noticia, sino la voz del trueno, la permanente furia de su mujer resplandando en sus oídos.

—¿Que cómo me ha ido? ¿Que por qué he tardado? ¡Pues... porque no me has acompañado, como hacen todos los maridos!

Es la bronca clásica, o podría serlo; todas las mujeres dicen lo mismo, pero no es verdad. Los maridos solo acompañan a su mujer al ginecólogo cuando está embarazada, y no siempre. Las consultas de los ginecólogos están llenas de mujeres maduras con cara de pocas amigas, o de mamás o futuras mamás embargadas por una felicidad que, de ser mensurable, abultaría mucho más que sus embarazos.

A la mujer se le puede ser infiel, se puede bromear sobre ello, hacer chistes o decir todo tipo de estupideces: es el deporte nacional, la chispa de la vida. ¿Y ella? Cada vez que el macho hispano quiere grabar una muesca en su revólver para apuntarse una víctima más, lo consigue, por la sencilla razón de que hay otra mujer que se está poniendo las botas, a costa de serle infiel a un marido —otro capullo—, con el agravante de creerse en el derecho de ser infiel y estar convencido de la fidelidad de su mujer, un ser único.

Ella es más sutil, más hábil y refinada; en definitiva, mucho más cruel. A su lado el hombre buscón solo es un pobre o simple baboso. Ella llega a casa con el bajo vientre ardiendo todavía; aún no se le ha regulado, aún no ha vuelto a la normalidad el riego sanguíneo de sus órganos placenteros. Sigue todavía sobreexcitada, acalorada, nerviosa. Está en la fase en que, cual mantis religiosa, una vez complacida, mataría al macho. Pero ella es un ser humano racional. ¿Cómo va a matar al que le da placer en la mesa de su despacho o en el sofá de las visitas *vip*, con la excusa de la visita ginecológica, como le cuenta a su manso?

Una vez conseguidos los objetivos —uno para él, tres para ella—, lo racional es largarse del lugar del delito. Uno vuelve a su mesa frente al monitor de sus pesadillas, el maldito ordenador que ordena su trabajo y desordena su vida. La otra regresa a casa cuando acaba su maravilloso desahogo. ¡Qué felicidad! La vida es bella, la vida es para ser vivida. Es preferible morir de sobreexcitación que de aburrimiento.

Chantaje a La Moncloa

Y ahí está su marido todos los días, el que no piensa en otra cosa que no sea trabajar, con la excusa, claro está, de que el gran hombre los mantiene a todos. Siempre repite la misma y reiterativa cantinela:

—¿Quién paga, si no, la comida, los colegios, tu visa, el coche, la hipoteca, tu peluquería, el gimnasio, los puentes, la Semana Santa, las Navidades, el mes de agosto y la mutua y el ginecólogo?

Es igual, que le den, la vida es bella... Llega a casa y consigue su relax total, alcanza el clímax otra vez, abroncándole:

—¡Qué vergüenza! Todas las mujeres van con sus maridos. ¡La única que estaba sola era yo! Y encima más de una hora de cola y otra, explorándome. ¡Con lo que eso duele! Bueno, aún sigue doliéndome.

Pues sí, para ella la vida puede ser bella. Para el cornamentado habría que buscarle otros calificativos. Alguno que definiera, respetuosamente, a una legión de astados invisibles; unos, por negarlo; otros porque, sabiéndolo, hacen como si no. O eso o la parienta se larga, y esto sale más caro.

La mujer del fotógrafo de Mérida se sentó detrás del mostrador, cogió su móvil y empezó a enredar en él para no aburrirse.

Mientras, el padre de sus hijos se ganaba el sustento y el de toda la familia. Aunque el plato fuerte vendría por la tarde, el aperitivo fue de lo mejor que le ocurrió jamás al fotógrafo de fotos de carne, bodas y primeras comuniones. Años atrás, un empresario catalán organizó un par de seminarios de retrato en Mérida y, aunque lo único que pretendía, como buen catalán, era vender sus productos, enseñó un montón de ideas comerciales y técnicas de iluminación, poses para el retrato, maquillaje y cómo hacer un retrato de desnudo integral sin que fuera escandaloso para nadie. Para él y sus colegas, las sesiones de desnudos con una modelo de película fue lo mejor. Una vez acabada cada sesión realizada por el propio dueño de la industria fotográfica, este se retiraba y dejaba que los fotógrafos asistentes retrataran a su gusto el bello desnudo que tenían ante sus ópticas.

El catalán sonreía irónico, mientras observaba cómo las luces de los infrarrojos del enfoque automático de las cámaras se

Àngel Font

desplazaban de un pezón al otro, o cómo se movían inquietas entre el vello púbico de la modelo. El interés artístico de algunos fotógrafos se limitaba a fotografiar, para su propio deleite, solo las partes pudendas de la escultural modelo.

Desde aquel seminario fotográfico no había vuelto a retratar jamás un solo desnudo. Hoy, por fin, tomaría la alternativa. Vivió con intensidad, como le enseñaron aquel día, la sesión de maquillaje, aconsejó a su clienta cómo debía disimular algunas imperfecciones con maquillaje corrector, o qué polvos debían envolver todo su rostro para evitar los brillos reflectantes. Aquella primera intimidad frente al espejo rodeado de bombillas blancas le auguró una sesión que podía ser memorable; lo dedujo porque sintió un increíble temblor en las rodillas. Cada vez que ella le miraba a los ojos le venían temblores. Eran los prolegómenos de una orgía anunciada.

Ocurrió todo lo que estaba previsto. Ninguno de los dos decepcionó al otro. Colmaron todas las expectativas. El fotógrafo tiró malos retratos. Por algo así habría que poder condenar otra vez al garrote vil; por el hecho de encuadrar y apretar un botón no se le puede llamar artista a alguien que no tiene ni zorra idea de estética. Lo demás fue como suelen ir las cosas cuando dos personas de distinto sexo acuerdan dar rienda suelta a sus instintos.

Para la nuera de la familia Tejas, aquello fue una introducción al mundo de las traiciones y las mentiras, el inicio de una carrera desenfrenada y sin fin. Nadie le alertó jamás, ni sus mayores ni su conciencia, sobre la capacidad que tienen los seres humanos de verdad para autocontrolarse y conducirse con sensatez. Nunca nadie le dijo –su conciencia tampoco dio señal alguna– que vivimos para los demás y no que los demás viven exclusivamente para uno mismo. Nunca se había planteado lo que significa un compromiso, ni la palabra dada, ni qué es eso de vivir en sociedad de forma cívica y ordenada.

Ella había estado embarazada y había parido. También había gozado con su marido y disfrutado de los halagos de su nueva familia española. Pero los años pasaron y dejó de ser la novedad. Ya no recibía ni los halagos ni las atenciones de antes.

Con el fotógrafo descubrió que podía seguir igual o mucho mejor que antes. Notó, físicamente, como la óptica de la cámara recorría todo su cuerpo, sentía las caricias del cristal como sintió la lengua

Chantaje a La Moncloa

del fotógrafo recorriendo su anatomía en lo que se pretendió que fuera la última sesión de fotos.

Sus días posteriores fueron transcurriendo entre encuentros con otras lenguas, otras miradas, otras culminaciones. Su móvil era un hervidero, se la reclamaba desde cualquier rincón donde hubiera una mente sedienta –calenturienta– y una cartera llena. Primero fueron regalos de oro, joyas de familia, vulgares cambalaches; más tarde, pasó a los billetes de 500 euros: o eso o nada.

Y es así cómo su suegra lo destapó todo. Halló un montón de papel moneda y oro entre su ropa íntima. No fue casualidad, fisionó con mala intención; sabía que entre las prendas más personales hallaría sus secretos más bien guardados.

Don Emilio reaccionó violentamente. Quería solucionar el asunto en el acto.

–La llevamos a la finca, le pegamos un tiro y la enterramos. Nuestro hijo ni se enterará.

–No, no, Emilio. Estoy de acuerdo en que José –así se llamaba su hijo– no se entere. Si no se entera por la calle, claro. Primero nos calmamos un poco y después tomamos la decisión que sea.

–¡Yo no aguanto esto ni un día más! Hasta aquí podríamos llegar. Mi abuelo arreglaba esto de una tajada, en menos que canta un gallo...

–Ya, ya lo sé, pero estamos en el 2009...

Emilio Tejas miró a su mujer esbozando una sonrisa que más bien parecía una gumiya árabe de media luna, un arma que atemoriza.

–¡Claro! ¡2009! ¡El puto siglo veintiuno! ¡La civilización! ¡La era informática! –Vomitaba ira. No podía reprimirse–. Pues mira lo que te digo: ¡Le metería un tubo de puros por el culo a la puta portuguesa!

–¡Calla! No me gusta que hables así. Si quieres ir de justiciero, empieza por no ser tan vulgar.

–¡Claro! ¡Defiéndela! Corre, defiéndela... Vete a saber lo que habrás hecho tú hace unos años...

–O ahora... ¿Tan vieja y poco atractiva me ves? –Calló un momento. ¡Cuidado! Con su marido, algunas bromas estaban de más–. Venga hombre, esas cosas, ni tú ni yo, ya sabes, yo para ti y tú para mí, y a los demás que les parta un rayo. ¿No es lo que hemos dicho siempre?

–Sí, claro, anda. Es mejor que no me encabrites más.

Àngel Font

Meses después, mientras los dos maridos tomaban unos refrescos debajo de las palmeras de la piscina de su hotel en Maspalomas, la madre de José –el astado de Mérida– y la mamá de Sonia –la hija drogada y violada en Figueres– hablaban acaloradas sobre sus hijos.

La coincidencia en las terrazas laterales frente la piscina con vistas al mar y al viejo faro, hizo que pasaran del educado saludo en pasillos y ascensores a compartir hamacas y cervezas, noticias y chismorreos. De ahí a las confidencias de familia solo hubo un paso. Los dos matrimonios eran de la misma edad, unos cincuenta y ocho años. Sus hijos, José y Sonia, cuarenta y trece. Llevaban ya una semana y aún les quedaba otra cuando salió el tema que les angustiaba: el sinsabor de sus vacaciones.

Los dos maridos, al percibir el acaloramiento y la vehemencia con que hablaban sus esposas, se acercaron para unirse a la charla.

–Lo siento –dijo la de Extremadura–, hemos pasado de una cosa a la otra y al final le he contado lo de la nuera portuguesa... –Lo de portuguesa lo dijo de una manera que parecía masticar un limón–. La zorra esa que se nos coló.

Su mirada era menos compungida que la de la catalana cuando la cortó para decir con una punzante y mal disimulada amargura:

–Y yo le he contado lo de Sonia, lo que le hicieron el profesor y su novia... Lo siento, ya sé que no te gusta hablar de la canallada esa... ¡Qué vergüenza!

José María interrumpió poniendo un dedo ante la nariz y su inmenso bigote, ese que daba la sensación de llegarle hasta la punta de su larga y bien poblada barba.

–¡Chis! Hay muchos españoles por aquí... –Y prosiguió–: ¿Sabéis qué pasa...? Que estamos en una encrucijada de conciencia. Por un lado yo habría resuelto esto a tortas; por el otro, mi esposa quiso denunciarlo a la policía desde el primer día. ¡Demasiado humillante, coño! –exclamó por lo bajo–. Y ahora ya ha pasado tanto tiempo...

Emilio Tejas le cortó, poniendo la mano en el hombro de su nuevo amigo para disculparse:

–Querido José María, si te contara...

Pero su esposa no le dejó seguir para recordarle que llevaban rato hablando de ello.

–Ya se lo he contado a su mujer...

El cultivador de hojas de tabaco no le hizo caso; tenía una necesidad urgente de revelar a alguien su secreto más bien guardado.

Chantaje a La Moncloa

–Te digo que... ¡estamos en las mismas, o parecidas! Nuestro hijo aún no se ha enterado, pero creo que lo sospecha por las habladurías. Y es que su mujer, nuestra nuera portuguesa, se está prostituyendo a precios de lujo, se vende a quien sea por no menos de quinientos euros...

Su esposa quiso continuar:

–Cuando se casaron era virgen, nos consta...

Pero don Emilio no la dejó seguir:

–En tiempos de mi abuelo...

–Y dale con tu abuelo –interrumpió otra vez su esposa–. Desde el primer día –aclaró–, no hace otra cosa que repetirme lo que habría ocurrido en tiempos de su abuelo.

–¿Y qué es lo que habría ocurrido? –preguntó José María mirándole fijamente a los ojos–. Anda, cuéntamelo, igual me das una idea.

–Habría cogido un par de mozos de la finca, habrían ido a buscarla. Un estacazo aquí –señaló la nuca de José María– y al saco. Después a la finca, al agujero, donde enterramos a los caballos viejos. Y si aún estaba viva igual, al hoyo sin sacarla del saco.

–¿Y el hijo? –preguntó el de Figueres.

–¿El hijo? El hijo a callar; que no se hubiera casado con una zorra. En todo caso, prefiero ser yo quien arregle esto. Él metería la pata, acabarían pillándole...

Callaron un momento.

José María interrumpió aquellos instantes de un silencio que hablaba por sí solo; una pausa que clamaba al cielo y gritaba venganza; la única solución a la afrenta. No quedaba más camino que vengar su mancillado honor impartiendo justicia ellos mismos.

–No sé por qué, pero no te veo metiendo a tu nuera en el saco y enterrándola viva...

–No, ¡jamás! Yo... ni tocarla, mi abuelo tampoco lo habría hecho, para eso están y estaban los mozos de la finca. ¿Tú no harías lo mismo con el que, según entiendo, violó a tu niña?

–Es probable.

–¡Es seguro! –le rectificó el de Mérida.

Se tomaron un respiro. Los dos hombres hablaban de venganzas sin saber, con detalle, lo que le había pasado a cada uno de ellos. Así que las mujeres repitieron para ellos lo que ya habían hablado entre las dos.

–¡Guau!

Àngel Font

—¡Joder!

Es lo menos que dijeron después de escuchar y entrar en situación, cada uno en el escenario del otro.

Hubo otro silencio, esta vez fue un largo mutis. Los cuatro estaban doblemente irritados. Acababan de contar, por primera vez, un espinoso secreto de familia y habían escuchado otro igualmente doloroso. Si la propia desdicha era sangrante, la ajena no lo era menos. Una sensación de impotencia y desprotección envolvió las dos familias. ¿Por qué no denunciaron lo ocurrido a la policía? ¿No será que, en el fondo, lo que querían era tomarse la justicia por su cuenta, ser ellos mismos los ejecutores para sentir el placer de la venganza?

Es muy fácil acusar a la autoridad de falta de protección al contribuyente que le paga el sueldo. Lo es también excusarse diciendo: «Si no lo arreglo yo, eso no lo arregla nadie».

Uno se cabrea, el ciudadano se hunde en un fondo penumbroso. No se fía del que tiene el deber y actúa él mismo con esa excusa, faltando así a su propio deber, y acaba llamando injustos a los que cumplen, en conciencia, con su obligación. Pero él los acusa de ser los causantes de los actos que, por su inoperancia, le condujeron a tomarse la justicia por su mano. Desencantado del sistema, de los gobernantes, de los políticos, deja de acudir a las urnas. «No se merecen ni mi voto.» Y no se para a pensar que el voto es su única arma, su venganza permitida, el único castigo que puede infligir a los que acusa por no darle la protección que paga con sus impuestos. ¡Qué simple y pobre forma de argumentar! Siempre dispuestos a reclamar y poco dados a la tolerancia. Bastaría con haber recibido la suficiente educación como para saber que antes de pedir hay que dar.

Existe una gran maestría en el arte de reclamar, y un analfabetismo supino en el conocimiento de los deberes y las obligaciones.

Nuestras calles están llenas de ciudadanos de todos los estatus sociales que, con asombrosa lucidez, argumentan sabiamente todo tipo de reclamaciones. Operarios de pequeñas empresas y grandes multinacionales, enfermeras y médicos, referentes por su aportación a la ciencia. Todo el mundo reclama y expone con brillantez sus quejas: «Si el Gobierno hubiera...» «Si la oposición en vez de... hubiera...» «Si la clase política no fuera... y hubiera...» «Si el presidente de... hubiera...» «Si mi jefe de... hubiera...» «Si la caja no hubiera dejado tanto dinero...» «Si el Banco de España hubiera

Chantaje a La Moncloa

intervenido a tiempo para evitar el desmadre...» «Si no fuera por los especuladores y la corrupción...»

Una legión de indignados y cabreados está invadiendo nuestras ciudades. Llevarles la contraria, desde la poltrona política o como ciudadano de a pie, es totalmente impopular, está mal visto, por unos y por otros, por los de aquí y los de allá, por la Iglesia y su clerecía y por sórdidos anárquicos.

Sería hermoso que uno de estos días, algún internauta iluminado pusiera en marcha un movimiento de arrepentidos, que lanzara a los cuatro vientos, mejor dicho, por *vía de navegación informática*, una proclama apelando a la conciencia social del individuo en estos términos:

EL MOVIMIENTO DE ARREPENTIDOS: PROCLAMA

Si el Gobierno no te gusta arrepíentete por haberle votado, cambia la orientación de tu voto.

Si la oposición tiene como único fin ganar las próximas elecciones sin aportar nada a la sociedad, no la votes, no se merece llegar al poder. Arrepíentete si le habías votado.

Si algún político sin clase está fulto de nivel, no es ejemplar, es corrupto, niégale tu voto o arrepíentete si ya le votaste.

Si el presidente o el jefe de tu empresa no confían en ti, si has abusado de tus bajas laborales, si te escabulles de tus responsabilidades laborales, si hasapurado hasta los dos años tu paro, eres culpable de que seamos el país menos productivo de Occidente. Arrepíentete y ponte las pilas. Si quieres exigir a los que mandan, empieza dando ejemplo; si tú no produces, el país se arruina. Tú somos todos. ¡Ponte a trabajar! Arrepíentete de tu vagancia.

Si las cajas y bancos te concedieron un crédito hipotecario que tú sabías muy bien que, simplemente por perder tu empleo —o incluso sin perderlo—, no podrías pagar, ¡arrepíentete! Pero arrepíentete mucho. Tú eres el único culpable de la crisis global que más afecta a todos, tú eres el único culpable de que España tenga casi cinco millones de parados. ¡Arrepíentete!, y deja de reclamar: la culpa es tuya. Si todos hubiéramos dicho «no», no se habría producido ni la burbuja ni la crisis. ¡Arrepíentete!

Si el Banco de España no intervino a tiempo para frenar la caja que te concedió la hipoteca, al menos sabes que hay tres claros culpables de la crisis: tú, tu banco y el Banco de España.

Àngel Font

¡Qué tontería! Nadie, ninguna figura pública, ningún descontento, ningún cabreado por la crisis dirá jamás algo así. Esas cosas solo se pueden decir en casa o en una tertulia de amigos con un poco de sentido común y sentido del deber ciudadano. Esas cosas ahora ya no se llevan. Nos hemos convertido en ciudadanos sin valor y, por ende, sin valores.

El maestro de secundaria de Figueres se volatilizó. Pasó a mejor vida entre restos de ganado y caballos. Don Emilio lo esperó un día en su casa cerca del famoso museo Dalí. Le enseñó una placa de la Policía Nacional que él mismo se apañó, lo esposó en el pasillo de su piso a eso de las tres de la madrugada.

—Quedas detenido por la violación de una de sus alumnas. Tienes que acompañarme ahora mismo por las buenas. ¡Si tiene que ser por las malas te pego un tiro! ¡Cabrón! Venga, dame las manos.

Pasó unas bridas de plástico por sus muñecas y lo empujó escaleras abajo. Vivía en un piso de soltero. El coche de don Emilio estaba aparcado delante de la puerta del inmueble. Abrió la puerta del amplio maletero, un Mercedes precioso y, antes de que el maestro pudiera protestar, rebelarse o gritar, fue a parar dentro de un empujón. Y siguiendo el instinto familiar, hizo lo que sin lugar a dudas habría hecho su abuelo: le arreó un tremendo estacazo con una enorme tranca de madera que había dejado de pie al lado del coche.

Ni él ni nadie sabrá nunca si murió en el acto o durante las diez horas de trayecto, o cuando, a las dos de la tarde, tras derramar un montón de gasolina por encima de su cuerpo y por todo el hoyo que había practicado en el solitario cementerio animal de su finca, le pegó fuego. Don Emilio no pensó siquiera en ello, no le tocó el pulso. Luego se fue a estirar un rato al sofá del pequeño apartamento de la finca. Una hora después lo cubrió con tierra y pasó el toro por encima varias veces. Jamás podrían encontrarlo.

El de Figueres cumplió su parte del trueque acordado en Maspalomas de una forma muy diferente. Acudió a Mérida con la cara vendada. En el hotel donde pasó la noche tenían hecha una reserva para un cliente que venía de hacerse la cirugía estética en Lisboa.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien, he tenido un problema: en la gasolinera me dejé el coche abierto para pagar y me robaron la chaqueta; menos mal que llevaba efectivo encima. Puedo pagar el hotel, pero no llevo mi DNI,

Chantaje a La Moncloa

lo siento –dicho lo cual, enseñó un fajo de billetes de cincuenta euros–. Lo siento –repetió.

El hotel estaba casi vacío. El chico de recepción pensó:

–Ojalá llegaran cada día cincuenta clientes como este.

Una vez instalado, hizo una llamada con un móvil de esos de usar y tirar.

–Perdón, igual me equivoco. Dispongo de mil euros para pasar una tarde agradable. ¿Es este el teléfono? –José María dobló el precio de la tarifa para garantizarse el servicio de la nuera del empresario extremeño.

–¡Por supuesto! Lo podemos pasar en grande.

–¿Podría ingeniárselas para venir a mi hotel sin ser reconocida? Habitación 301, a eso de la una; Hotel Felicianos.

–Déjelo de mi cuenta, nadie me verá entrar.

A la hora en punto unos delicados nudillos rozaron la puerta de José María quien, pendiente de la hora, la abrió enseguida.

Ahí estaba la portuguesa, pelo recogido, con gafas de sol y traje, parecía un chico. Una gorra del Real Madrid remataba su tocado. Era realmente hermosa, alta y esbelta, de formas abundantes.

–Pasa.

José María no llevaba ningún vendaje. A su lado se le veía más viejo de lo que era y más bajo. Instintivamente se estiró. Ella se dio cuenta del gesto y él lo notó, era evidente, ya que sus primeras palabras –y las últimas– fueron:

–Oye, guapo, estás muy bien.

José María llevaba una copa de cava en una mano y la botella en la otra.

–Te esperaba con esto, toma.

Fenomenal, se la bebería de un trago, le encantaba el cava. Iría bien para entrar en calor antes de ponerse a trabajar.

Pero el que trabajó fue José María, ya que la chica cayó desplomada en unos segundos. La cogió antes de que tocara el suelo y la tendió en la cama. Fue al aseo a vaciar el resto de la botella y la metió en su bolsa de viaje junto con la copa; dejó trescientos euros encima de la cama con una nota que decía:

Me he indispuerto y me he ido. No había nadie en recepción, así que les dejo aquí el importe con propina. Gracias.

Àngel Font

Cogió a la chica, la incorporó, le pasó el brazo por el hombro y la arrastró como si se tratara de una borracha en pésimo estado. Bajaron en el ascensor de servicio directamente al *parking* del hotel e hizo lo mismo que su cómplice en el trueque, la metió en el maletero, pero no tuvo que darle con ningún leño. Aquella desgraciada estaba muriéndose bajo los efectos de algún veneno.

Diez u once horas después descansaría en una zanja de las obras del tren de alta velocidad que, algún día, uniría el AVE con el TGV de Francia.

Estaba todo muy bien planeado. Aquel cuerpo no aparecería jamás.

El inspector jefe de Badajoz, que los relacionó por el hotel de Maspalomas, pudo detenerlos, interrogarlos y amenazarlos, pero, como no había cadáveres ni prueba alguna para imputarlos, acabó por abandonar aquella línea de investigación, sabiendo, eso sí, que estaba en la pista, pero que nunca se resolvería el caso.

—Una zorra menos y un violador que tiene lo que se merece —pensó para tranquilizarse y justificar su impotencia.

La prensa también olvidaría el asunto. Otra metedura de pata de la policía. O vete a saber, aquello ya no era noticia.

Estaba claro, podía volver la era de los trueques. A falta de circulante, circularía la materia prima. ¿Por qué, de lo que podría ser bueno, siempre sacamos lo peor?

Pretender hallar la solución a un mal estado anímico con un comportamiento antisocial es lavar una conciencia turbia con agua igualmente sucia. Así no se consigue la limpieza que se ha de obtener lavando.

Pero cuando un país como el nuestro retrocede hasta dejar a un 25 % de sus ciudadanos por debajo del umbral de la pobreza, se corre el riesgo de regresar al incivismo, al pillaje —entre comillas— «justificado», al cambalache, a la desobediencia civil.

El hambre puede volvernos primitivos. La frontera que separa un estado de derecho de una dictadura o una anarquía feroz, es fácil de traspasar cuando respondemos a la llamada de nuestra conciencia con justificaciones que creemos disculpan nuestro comportamiento inmoral, delictivo e incluso criminal.

Chantaje a La Moncloa

Nuestro protagonista salió del letargo como había entrado aunque con una renovada autoestima y más alto de moral. Siempre era así, las bondades de la siesta le ayudaban a mejorar el día. No volvió a retomar la lectura de aquella página de sucesos, aunque, desde aquel día, su vida iba a experimentar un cambio que, ahora mismo, no podía ni imaginar.